

ESTE PERIODICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIOS

EN

SUSCRICION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA.

En el interior:

\$3.75 TRIMESTRE, \$7 SEMESTRE.

UN AÑO \$12.75.

Numero suelto 4 Cents

30.



LA REDACCION:

CALLE DE

S. MIGUEL, NUM. 18.

ADMINISTRACION:

DE LA

LAS OFICINAS

DE LA "PROPAGANDA LITERARIA."

Habana, n.º 100

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN

La Habana 4 Cents.

25.

DON JUNIPERO,

SATIRICO Y LITERARIO.

AÑO VI.

REDACCION:
CALLE DE S. MIGUEL, NUMERO 18.

HABANA, DOMINGO, 10. OCTUBRE, 1869.

ADMINISTRACION:
CALLE DE LA HABANA, NUMERO 100.

NUMERO 52.

SUMARIO.

TEXTOS.—Las tres épocas (continuación), por Juan SIN-MIEDO.—Carta segunda de un mambí de la ciudad á un mambí del campo, por el Moro de los BATHLES.—El Ejército libertador, por Juan ORTEGA.—Vamos á cuentas, por ALI-BILIN.—Viva España! por Ahen-OZMIN.—Cartas á D. Junipero de Nueva York, por el Moro CASTEL; de Madrid, por E. BLASCO; de Barcelona, por J. PITARRA.—El grito de Yara, por J. ORTEGA.—Juniperadas.
CARICATURAS.—Por Don JUNIPERO.

LAS TRES EPOCAS.

SUEÑO FANTASTICO.

II.

A RIO REVUELTO.....

Felizmente, sigo durmiendo.

Y como el sueño es la fantasmagoría de la imaginación, en esta especie de cámara oscura del hombre, la luz ha cambiado el cuadro; el corazón se me oprime, sin duda porque me he acostado sobre él, y mi dormir es agitadísimo, consecuencia natural de la postura, pero como no soy dueño de volverme, porque estoy durmiendo por la pesadilla, sigo viendo lo que para mis sentidos es la realidad; veo, oigo y palpo todo lo que estos se proponen presentarme, que el sueño poseo ese gran privilegio.

Creí oír un gran ruido lejano, y creí ver cambiado el cuadro de felicidad que ántes copié. Era verdad el ruido, el cambio era verdad también. Los violentos acordes de una música que se perdían en el espacio habían producido el sacudimiento de mis nervios: era el *himno de Riego!*

Esta *exhumación* me obligó á hacer un esfuerzo para abrir los ojos; pero rendido por el sopor, conseguí á medias el objeto: solo pude abrir el ojo.

Aquel eco popular, bailando de contento sobre el hilo de un cable, atravesó rápido el océano, como Blondin por la cuerda tendida sobre las cataratas del Niágara; los aplausos del pueblo conmovieron mis fibras, y sobrepujando el esfuerzo, abrí los ojos, los dos, pero no por eso desperté: mi sueño era cataléptico.

El grito de la madre puso en conmoción á la hija, que esperaba un minuto de descenso para

hacer una travesura y explayar el ánimo. La madre sentía el dolor de las ligaduras, y á la voz de libertad, rompía las cadenas; la niña, con la imaginación estraviada, quiso vestirse de largo; sin ver que no estando formada todavía, iba á ser impotente para romper lo que le habían enseñado á llamar cadenas, y no eran más que barreras de salvación contra los enemigos poderosos que la amenazaban en lo porvenir.

Las nubes se oscurecieron, y la atmósfera de felicidad se desvaneció ante los sordos truenos que anunciaban la tormenta, ante el rayo que cruzó por el espacio, amenazando asolar los campos y destruir en sus cimientos el templo de la paz que adoraba un pueblo entero.

Una mano rebelde clavó en Yara un pendón extraño, hollando con los pies la bandera española, á cuya sombra se había desarrollado en la isla la civilización, á cuya sombra se había enriquecido, á cuya sombra, en fin, se había grabado en la frente de la virgen América la santa palabra *progreso*.

Un grito feroz, como una ola gigantesca, corrió por la isla para rechazar aquel indigno movimiento: era la enérgica protesta de muchos miles de españoles, que descubrieron su pecho para oponer un valladar á la traición.

Los buenos hijos de Cuba, *siempre fieles* al león que habían visto de relieve en sus armas, repitieron en voz alta su juramento; y la desunión, como la maldita zizaña, brotó en el campo.

El hilo telegráfico llevó al través de los mares el grito rebelde, y la madre cariñosa se estremeció de espanto; diez y ocho millones de brazos se levantaron en la Península ofreciendo su ayuda para cortar la cabeza á la hidra de la revolución, y las naves salvadoras surcaron las aguas, corriendo en auxilio de las vidas é intereses de los hermanos, comprometidos en una lucha fratricida.

La traición ahogó á Bayamo; allí el cuadro se veía negro, muy negro, presentando de relieve lo que sería el desenlace de la escena si el triunfo fuera favorable á la insurrección.

Un grupo de valientes llega á las puertas de la ciudad en son de amenaza; los *libertadores*

escriben en su bandera la voz *estermínio*, y conociéndose impotentes para pelear, saquean sus propias casas, siembran el luto, la desolación y la vergüenza en sus propias familias, y alumbran su derrota y la muerte de su idea con las llamas de la ciudad, que reducen á cenizas. Hernán Cortés, quemando sus naves para asegurar el triunfo de su causa, fué un héroe. Los *libertadores* de Cuba, quemando á Bayamo después de saqueado, fueron unos vándalos. Al resplandor de las naves de Cortés se veía la gloria; á la luz de la tea de Bayamo se vió la deshonra.—He ahí dos hechos que la historia apreciará siempre como yo, porque ante el crimen no caben criterios diferentes.

La seducción subleva los ánimos tranquilos; el labrador abandona sus tierras, el propietario abre sus arcas, los maestros cierran sus escuelas, los jóvenes queman sus libros, y todos se lanzan al campo de la rebelión en pos de un sueño forjado por una docena de aventureros de pésimos antecedentes, que sin pararse en los medios, pretenden arruinar su país para enriquecerse. Las utopías más delirantes sirven de anzuelos; para vencer es preciso que la farsa lleve todos los visos de verdad, y así en la mascarada de la *autonomía*, cada uno de los farsantes se viste con arreglo al papel que quiere representar; se necesitan actores que finjan bien, y nadie les pregunta de dónde vienen ni á dónde van: producir efecto es el propósito, y á ello se sacrifica todo, hasta la existencia del suelo que los sostiene.

Reconociéndose débiles, á pesar del número, envían agentes á una tierra extranjera para implorar su apoyo, y se arrastran como reptiles á fin de merecer su favor; los rincones de los puertos de la isla dan entrada á naves preñadas de armas que solo espantan á los que han de manejarlas, y conducen hombres que vienen á vivir sobre tierra extraña, sin comprender que ponen el pié en su sepultura. El desaliento empieza á acudir por las filas en el momento que tocan la realidad, pero hay siempre una mentira que sostenga el impulso y un castigo para el que intente retroceder.

Felizmente, repito, estoy durmiendo. Si estu-